

Dolores crecientes: El cambio climático y la transformación socialista

Por: Enzo Rossi. 26/10/2024

Tanto el decrecimiento como el ecomodernismo comparten un compromiso con la planificación democrática, pero sus narrativas opuestas se han visto distorsionadas por una excesiva confianza en la empiria especulativa y el atractivo de estéticas contradictorias. Para superarlo, debemos centrarnos en desarrollar una visión práctica que combine elementos de ambos campos, sustituyendo al mismo tiempo las visiones utópicas por una estrategia que parta de luchas locales concretas para democratizar la economía.

No sabemos qué seguirá al neoliberalismo. Pero sea cual sea el próximo régimen hegemónico, tendrá que enfrentarse al reto del cambio climático y la degradación medioambiental. Para aquellos de nosotros que confiamos en una transformación socialista, esto representa tanto una oportunidad crítica como un reto complejo. ¿Cómo debemos abordar las cuestiones medioambientales dentro de un nuevo marco económico? En la izquierda, esa pregunta se cruza inevitablemente con el debate sobre el decrecimiento. Sin embargo, quiero sugerir que el debate entre decrecentistas y ecomodernistas se está convirtiendo rápidamente en una pista falsa. A menudo son las versiones más extremas, especulativas e inverosímiles de ambas posturas las que dominan los titulares, en detrimento del terreno común sobre el que se podría construir un plan viable para una transición socialista sostenible.

En los últimos años, el debate entre decrecimiento y ecomodernismo -o ecosocialismo- se ha polarizado cada vez más, a menudo exacerbado por la economía de la atención de Internet. Esta división ideológica ha magnificado las diferencias entre figuras y movimientos destacados, creando un abismo que parece más grande de lo que realmente es. Aunque ambos bandos comparten aparentemente un objetivo común -una economía planificada democráticamente que sirva a la humanidad y respete los límites ecológicos-, ninguno ha conseguido galvanizar un apoyo significativo de la población en general, en particular entre aquellos cuyos intereses dicen representar. En su lugar, el discurso se ha convertido en un choque de estéticas y vibraciones, en el que las teorías especulativas sobre

tecnologías y desarrollos futuros se presentan como certezas, más influidas por el estado de ánimo imperante que por realidades concretas.

En el centro del debate entre decrecimiento y ecomodernismo se halla una pugna entre visiones opuestas de un futuro sostenible. El movimiento del decrecimiento aboga por una reducción radical de la actividad económica, especialmente en los países ricos, para lograr el equilibrio ecológico y la justicia social. Sostienen que la búsqueda incesante del crecimiento es incompatible con los recursos finitos del planeta y que la reducción es esencial para evitar la catástrofe ecológica. Los ecomodernistas, por su parte, abogan por aprovechar la innovación tecnológica y los mecanismos de mercado para desvincular el crecimiento económico de la degradación medioambiental. Creen que el ingenio humano y las tecnologías avanzadas pueden resolver los problemas ecológicos sin necesidad de reducir el nivel de vida.

Puntos en común y división

A pesar de estas diferencias, ambas partes afirman su compromiso con la planificación democrática de nuestras economías. Sin embargo, esta aspiración compartida no se ha traducido en un movimiento popular de amplia base. Ninguno de los dos bandos ha logrado convencer a las masas de las naciones ricas para que adopten su visión. Parte de la razón reside en la forma en que el debate se ha convertido en una cuestión de estética y vibraciones. Los partidarios del decrecimiento suelen idealizar la simplicidad, la vida a pequeña escala y el anticonsumismo, evocando imágenes de comunidades pastorales que viven en armonía con la naturaleza. Algunos incluso fantasean con sociedades neagrarias a pequeña escala, imaginando un retorno a tiempos más sencillos. Otros, más pragmáticos, apuestan por iniciativas políticas como la garantía del empleo público para facilitar la transición.

Los desacuerdos sobre el futuro no suelen ser suficientemente empíricos. Si perdemos esto de vista, corremos el riesgo de que las vibraciones de las dos posturas eclipsen las cuestiones de fondo

Sin embargo, estos estilos opuestos a menudo ocultan la naturaleza especulativa de sus propuestas. Ambos bandos hacen conjeturas sobre el futuro, ya sea abogando por comunidades descentralizadas de bajo consumo energético o por una revolución industrial verde impulsada por la fusión nuclear. Sus afirmaciones seguras reflejan a

menudo preferencias y prejuicios personales más que certezas empíricas. Este exceso de confianza se refleja en ambos bandos, lo que lleva a acusaciones recíprocas de utopismo e ilusionismo. Hay muchos estudiosos serios que aportan ideas valiosas, pero el debate público tiende a reducir sus argumentos matizados a caricaturas. Y el conocido fenómeno de la polarización de grupos en Internet a veces lleva incluso a académicos serios por un camino similar.

Merece la pena recordar que, cuando se trata del comportamiento humano, los desacuerdos sobre el futuro no suelen ser suficientemente empíricos. Si perdemos esto de vista, corremos el riesgo de permitir que las vibraciones de las dos posturas eclipsen las cuestiones de fondo, haciéndose pasar por desacuerdo científico. El debate se enmarca entonces en el pragmatismo duro frente al idealismo de ojos abiertos, el modernismo frente al romanticismo, una estética de la abundancia frente a una del minimalismo refinado. Este es el tono de gran parte del discurso público sobre el crecimiento.

Además, esta polarización tiene importantes inconvenientes. El movimiento por el decrecimiento, por ejemplo, tiende a pasar por alto una cuestión crucial: sin un apoyo masivo en los países ricos que soportarían el peso de las políticas de decrecimiento, su resultado preferido tiene pocas posibilidades de convertirse en realidad. Sus llamamientos a reducir drásticamente el consumo y modificar radicalmente los estilos de vida suelen fracasar ante un público que equipara el «decrecimiento» con un descenso del nivel de vida. Este lenguaje es políticamente tóxico en sociedades donde el progreso económico y el aumento del consumo están profundamente arraigados como marcadores de éxito y bienestar, y cuando la memoria colectiva de los «buenos tiempos» está ligada a la nostalgia por los periodos de crecimiento sostenido. La izquierda es débil en esta coyuntura, y el público de la mayoría de los países ricos ya no confía en la política ni siquiera para mantener el desmoronado Estado del bienestar. Así que es poco probable que las propuestas a gran escala y de arriba abajo muevan la aguja.

Algunos decrecentistas sostienen que la consecución de la soberanía económica en el Sur Global desencadenará crisis que obligarán a la clase trabajadora del Norte Global a despriorizar el crecimiento. Sostienen que a medida que el Sur Global gane autonomía y exija condiciones comerciales más justas, los cambios económicos resultantes obligarán al Norte a replantearse su paradigma centrado en el crecimiento. Sin embargo, esta postura parece entrar en tensión con la afirmación frecuentemente repetida del decrecimiento de que el discurso del crecimiento está

anclado en las enormes disparidades económicas y de poder entre el Norte y el Sur. Sigue sin estar claro cómo pueden superarse estas disparidades sin cambios significativos en el Norte Global. Por ello, muchos ecomodernistas sostienen que cualquier solución socialista debe salvaguardar el nivel de vida de las masas de las naciones ricas. Sostienen que si no se protegen estos niveles, habrá poco apoyo público a las políticas transformadoras, lo que hará políticamente inviable cualquier cambio radical. E incluso en un escenario en el que el equilibrio geopolítico cambie lo suficientemente pronto como para marcar la diferencia en la cuestión climática, no está nada claro que la inestabilidad económica en el Norte Global no sea terreno fértil para un realineamiento reaccionario en lugar de socialista. Incluso se podría argumentar que la política de extrema derecha que acompaña actualmente al lento declive de los países del Atlántico Norte y del Mediterráneo septentrional es un indicio de lo peor que está por venir.

Por el contrario, los ecomodernistas a menudo se niegan a reconocer que cualquier economía planificada democráticamente tendrá que tomar decisiones difíciles sobre el consumo en los países ricos. Su visión de la salvación tecnológica y del crecimiento económico continuado, sin sacrificios significativos por parte de las poblaciones más ricas, parece igualmente ingenua. Una economía planificada democráticamente probablemente requeriría conversaciones francas tanto sobre la producción como sobre la redistribución, especialmente para mantenerse dentro de los límites ecológicos del planeta. Sin embargo, la narrativa ecomodernista rara vez aborda esta cuestión, aferrándose en cambio a la creencia de que la tecnología por sí sola puede resolver las tensiones entre el crecimiento económico y la sostenibilidad medioambiental. Una vez más, es aquí donde los desacuerdos empíricos suelen dar paso a proyecciones especulativas.

El coste de la inacción

El estancamiento ideológico entre decrecimiento y ecomodernismo crea un terreno fértil para fuerzas más siniestras, sobre todo en la derecha política. Como la izquierda permanece débil y dividida, la gente puede sentirse más inclinada a atender las llamadas de los eco-chauvinistas o incluso de los eco-fascistas. ¿No le resultará al capital alarmantemente fácil vender una forma de eco-chauvinismo o incluso de eco-fascismo a las masas del Norte Global? A medida que la crisis climática se intensifica, es probable que aboguen por construir muros más altos para mantener fuera a los refugiados climáticos, concediendo más autoridad a los Estados para reforzar el control del capital sobre los que permanecen dentro de

esos muros, y convirtiendo determinadas partes del mundo en zonas de amortiguación en torno a enclaves para la élite. La falta de avances sustanciales en la descarbonización y otros objetivos climáticos sugiere que el plan del capital es precisamente uno en el que el calentamiento de dos o tres grados se da por sentado, o se le pone precio, como dirían ellos. Las masas, tanto del Sur como del Norte, pagarán gran parte de este precio, y no de forma equitativa, un punto que los ecomodernos deberían estar más dispuestos a conceder a sus oponentes.

En este contexto, el fracaso de la izquierda a la hora de presentar una visión unificada, convincente y creíble de un futuro sostenible beneficia a quienes explotarían el colapso medioambiental para justificar un mayor autoritarismo y control social y, posiblemente, planes genocidas o indiferentes al genocidio para grandes subconjuntos de la población mundial. Pero incluso señalando la posibilidad de esta catástrofe humanitaria no es probable que se mueva la opinión en lugares que sienten que pueden permanecer relativamente intactos ante los peores efectos del cambio climático. Es improbable que los tiempos de crisis fomenten la empatía por otros lejanos. E incluso superar los llamamientos moralistas y centrarse en los intereses de todos en la lejanía puede no funcionar: aunque algunos de los efectos del cambio climático ya sean visibles, alguien que lucha por estirar su presupuesto para la compra hasta el próximo día de pago no se va a conmovir por preocupaciones sobre el nivel del agua décadas en el futuro.

Lo que necesitamos son formas de marcar una diferencia positiva concreta en la vida de la gente aquí y ahora, aunque eso signifique empezar poco a poco. El atractivo del eco-chauvinismo y el eco-fascismo se ve acentuado por la falta de una alternativa creíble por parte de la izquierda. La gente se enfrenta a crisis medioambientales cada vez más graves y no hay ningún plan viable que aborde sus preocupaciones sin exigir sacrificios inaceptables, por lo que es probable que acojan de buen grado o al menos acepten soluciones autoritarias. Las narrativas de extrema derecha explotan fácilmente los temores sobre la escasez de recursos y la inestabilidad social, ofreciendo soluciones simplistas que convierten a las poblaciones vulnerables en chivos expiatorios. Se trata de un camino peligroso que amenaza tanto las libertades civiles como el propio equilibrio ecológico que hay que proteger.

El camino a seguir

¿Cuál es la alternativa? ¿Cómo podemos resolver el estancamiento actual? Tal vez

nuestro camino a seguir debería alejarse de pintar lejanos escenarios catastrofistas y del inevitable desacuerdo especulativo sobre los méritos del (des)crecimiento. En su lugar, deberíamos recentrar nuestro acuerdo socialista fundamental: la búsqueda de la libertad a través de la democratización de las relaciones sociales y, por tanto, de la economía. Centrándonos en el principio básico de la democratización de las estructuras económicas, podemos eludir el lenguaje polarizador que ha obstaculizado el progreso.

Esto significa abandonar la terminología políticamente venenosa de crecimiento y decrecimiento. Para muchos, estos términos se han convertido en sinónimo de rigidez ideológica y debates abstractos que no abordan las preocupaciones del mundo real. El «decrecimiento» conlleva connotaciones de disminución del nivel de vida, mientras que el «crecimiento» está ligado al statu quo y a sus prácticas insostenibles. En su lugar, debemos concentrarnos en ejemplos concretos de cómo podemos arrebatarse al capital el control de la economía y planificar el desarrollo de forma sostenible y que mejore materialmente las condiciones de vida de todos.

Aquí es donde los pequeños comienzos pueden conducir a cambios significativos. Podríamos empezar por crear espacios para la toma de decisiones democráticas en nuestros lugares de trabajo, comunidades y gobiernos, donde la gente corriente pueda opinar realmente sobre cómo se asignan los recursos y se configuran las políticas. La idea es construir nuestras nuevas capacidades y poder de forma orgánica y en la cáscara de lo viejo, demostrándolo sobre la marcha, en lugar de liderar con promesas de transformaciones a gran escala y de arriba abajo. Es probable que tales promesas susciten más escepticismo que entusiasmo.

En cambio, si nos basamos en los éxitos locales, estaremos en mejores condiciones de abogar por ampliarlos y renovar nuestro impulso a favor de servicios públicos universales -como la sanidad, la educación, la vivienda y el transporte- que reduzcan la dependencia de los mercados de consumo y mejoren la calidad de vida sin aumentar el consumo. Al hacer hincapié en estos beneficios tangibles, podemos defender gradualmente una economía descentralizada y planificada democráticamente que se ajuste a las experiencias cotidianas de la gente. Con toda probabilidad, sólo una economía planificada democráticamente puede evitar lo peor del cambio climático, pero no habrá suficientes personas que la apoyen si no se demuestra que es viable aquí y ahora, y que mejora su vida cotidiana.

La conexión entre planificación y sostenibilidad debe construirse sobre la base de

esos logros, y no imponerse con moralismo condescendiente. Deberíamos ilustrar cómo una economía planificada democráticamente podría apoyar el desarrollo y el despliegue de tecnologías que reduzcan realmente nuestra huella ecológica al tiempo que mantienen o mejoran nuestros niveles de bienestar. Sólo entonces tendremos una historia convincente de por qué el PIB no debe ser el lema de la economía.

También es crucial reconocer que cualquier transición significativa requerirá conversaciones difíciles sobre los patrones de consumo en los países ricos. Aunque la tecnología puede aliviar algunas presiones medioambientales, no puede sustituir la necesidad de un uso responsable de los recursos. Si abordamos estas cuestiones de frente, podemos adelantarnos a los discursos simplistas que prometen soluciones fáciles sin exigir ningún cambio en el estilo de vida o en las prioridades.

Quizá lo más importante sea reconocer que nuestros desacuerdos empíricos sobre el futuro son sólo eso: desacuerdos, no certezas. Tanto los decrecentistas como los ecomodernistas tienen un exceso de confianza en sus predicciones, lo que conduce a una falsa sensación de inevitabilidad sobre sus respectivas soluciones. Al admitir el carácter especulativo de nuestras proyecciones, abrimos la puerta a debates más colaborativos y menos divisivos. Esta humildad nos permite integrar los puntos fuertes de ambas perspectivas sin dejar de ser flexibles ante la aparición de nueva información y el cambio de circunstancias.

En última instancia, tanto el decrecimiento como el ecomodernismo comparten un compromiso con la planificación democrática, pero sus narrativas opuestas se han visto distorsionadas por una excesiva confianza en la empiria especulativa y el atractivo de estéticas contradictorias. Para superarlo, debemos centrarnos en desarrollar una visión práctica que combine elementos de ambos bandos: reconocer la importancia de la innovación tecnológica al tiempo que se reconoce la necesidad de reducir el consumo en las naciones ricas y redistribuir los recursos de forma más equitativa.

Si superamos el callejón sin salida del crecimiento frente al decrecimiento y centramos nuestros esfuerzos en la democratización de la economía, podremos presentar una alternativa convincente al statu quo, si somos capaces de mostrar algunos éxitos concretos de planificación democrática, aunque sólo sea a escala local. Este enfoque resiste el tirón del ecochovinismo ofreciendo una visión que capacita a las personas en lugar de controlarlas. Hace hincapié en la acción

colectiva y la responsabilidad compartida, fomentando el sentido de la solidaridad.

El camino a seguir no consiste en elegir entre decrecimiento y ecomodernismo, sino en superar las limitaciones de esta dicotomía. Centrándonos en nuestros objetivos comunes y aprovechando los puntos fuertes de cada perspectiva, podemos elaborar una estrategia holística que aborde la crisis ecológica al tiempo que mejora de forma creíble la calidad de vida de todos. Esto requiere humildad, diálogo abierto, experimentación y la voluntad de ir más allá de posiciones arraigadas.

Si volvemos a centrar nuestros esfuerzos en la planificación democrática y la democratización de las relaciones sociales, podremos superar los debates asfixiantes que han obstaculizado el progreso. Es hora de dejar atrás los desacuerdos especulativos y centrarnos en medidas prácticas que unan en lugar de dividir. Es mucho lo que está en juego. La crisis ecológica exige una acción inmediata y colectiva.

[Enzo Rossi](#)

es profesor asociado de Ciencias Políticas en la Universidad de Ámsterdam y coeditor del European Journal of Political Theory. Ver más información en <https://enzorossi.academia.edu/>

[**LEER EL ARTÍCULO ORIGINAL PULSANDO AQUÍ**](#)

Fotografía: Sin permiso

Fecha de creación

2024/10/26